

EL & CINE | YO

Conversaciones memorables
en la Cinemateca de Bogotá

Julio César Guzmán

EL & CINE | YO

Conversaciones memorables
en la Cinemateca de Bogotá

Julio César Guzmán



Guzmán, Julio César

El cine y yo : Conversaciones memorables en la Cinemateca de Bogotá / Julio César Guzmán.
- Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano ; Cinemateca de Bogotá – Gerencia de Artes Audiovisuales ; IDARTES, 2023.
348 páginas : fotografías ; 24 cm.

ISBN 978-958-725-334-4
ISBN PDF 978-958-725-335-1
ISBN EPUB 978-958-725-336-8

1. Películas cinematográficas. 2. Cine - Apreciación. 3. Personajes - Entrevistas. 4. Conversaciones.
Tít.

CDD 791.43

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D. C.

Claudia López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá D. C.

Catalina Valencia Tobón
*Secretaria de Cultura,
Recreación y Deporte*

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES

Mauricio Galeano Vargas
Director general
Maira Ximena Salamanca Rocha
Subdirectora de las artes
Leyla Castillo Ballén
*Subdirectora de Formación
Artística*
Hanna Paola Cuenca Hernández
*Subdirectora de Equipamientos
Culturales*
Liliana Morales Ortiz
*Subdirectora Administrativa y
Financiera*

CINEMATECA DE BOGOTÁ – GERENCIA DE ARTES AUDIOVISUALES

Ricardo Cantor Bossa
Gerente de Artes Audiovisuales
Angélica Clavijo Ortiz
Líder misional
Catalina Posada Pacheco
Coordinadora editorial

Instituto Distrital de las Artes – Idartes

Carrera 8 # 15-46 Bogotá D.C.,
Colombia – PBX: (601) 379 5750 –
www.idartes.gov.co

FUNDACIÓN UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO

Carlos Sánchez Gaitán
Rector
Felipe César Londoño López
Vicerrector Académico
Liliana Álvarez Revelo
Vicerrectora Administrativa
Andrés Franco Herrera
*Vicerrector de Investigación,
Creación e Innovación*
Olga Illera Correal
*Decana de la Facultad
de Ciencias Sociales*

EQUIPO EDITORIAL UTADEO

Marco Giraldo Barreto
Jefe Oficina Editorial
Sylvana Silvana Blanco Estrada
Santiago Mojica Talero
Diseño editorial
Juan Carlos García Saenz
Revistas científicas
Sandra Guzmán
Distribución y ventas
María Teresa Murcia Cruz
Asistente administrativa

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

Carrera 4 n.º 22-61 Bogotá, D.C.,
Colombia – PBX: (601) 2427030 –
www.utadeo.edu.co

ISBN impreso: 978-958-725-334-4
ISBN EPUB: 978-958-725-336-8
ISBN PDF: 978-958-725-335-1
DOI: <https://doi.org/10.21789/9789587253344>

El cine y yo. Conversaciones memorables en la Cinemateca de Bogotá.

© Julio César Guzmán
Entrevistas

Marco Giraldo Barreto
Edición

Santiago Mojica Talero
Diseño editorial

Alexis Lozano
Foto de cubierta

Juan Carlos Gómez
Edwin Romero
Sergio Cárdenas
Daniela García
Juan David Cuevas
Juan Manuel Vargas
Julián Castiblanco
*Equipo de transmisiones –
El Tiempo*

Mariana Clavijo
Transcripciones

*Fotografías internas:
Idartes, El Tiempo, archivos
personales de los invitados.*

Contenido

Prólogo	7
Introducción	10
Adriana Lucía, la música al servicio de las causas sociales	16
Alejandro Riaño, comediante y empresario de proyectos humanitarios	36
Andrea Echeverri, estrella de Aterciopelados y del rock colombiano.....	66
Beatriz González, ícono de las artes plásticas	84
Brigitte Baptiste, bióloga, catedrática y símbolo de la comunidad LGBTQ+	96
Fabio Rubiano, actor, director y dramaturgo	114
Gambeta, líder de la banda de rap Alcolirykoz.....	140
Jesús Abad Colorado, el fotoperiodista testigo de la barbarie y la esperanza.....	156

Ledania, artista del mural y el grafiti, reconocida fuera del país.....	176
Mábel Lara, periodista afrocolombiana, antes de saltar a la política	194
Nidia Góngora, voz del Pacífico y vocera de sus comunidades	216
Óscar Córdoba, portero campeón con la Selección Colombia.....	234
Ramiro Meneses, actor y director de cine y televisión	250
Ricardo Silva Romero, exitoso escritor, columnista y crítico de cine	274
Willington Ortiz, leyenda del fútbol colombiano.....	300
Yolanda Reyes, escritora laureada y defensora de los derechos de la infancia	326
Enlaces a las sesiones	345

Prólogo

Desde el siglo XX, el cine ha estado presente en los imaginarios y en la cotidianidad de los seres humanos. Ha sido arte, lenguaje y medio para emocionar, aleccionar y generar memoria. Se ancla en el pasado y el presente y susurra pistas sobre futuros posibles. La sorpresa y la fascinación que las originarias imágenes en movimiento generaron en los públicos desde sus primeras exhibiciones marcaron el nacimiento de una práctica social y cultural que se afianza hasta nuestros días. Si bien los artesanos y hacedores de las imágenes dedican buena parte de su vida a narrar, registrar o preservar, las vidas de todos y todas como espectadores tienen en la memoria momentos nítidos de encuentro con el cine.

Como Centro Cultural de las Artes Audiovisuales, la Cinemateca de Bogotá se ha propuesto ampliar el diálogo con públicos diversos; con cinéfilos y expertos, pero también con personas que espontáneamente se acercan a nuestros espacios para aprender, divertirse

o experimentar. A través de la gestión de la programación, hemos creado franjas que nos han permitido cumplir con este propósito. La franja *Local* abre las pantallas de nuestras salas para que creadores locales presenten y dialoguen sobre sus obras audiovisuales. La franja *Memoria* nos permite mantener el archivo vivo, visitar obras y circular los patrimonios. Desde las franjas *Infantil*, *Juvenil* y *Adulto Mayor*, programamos contenidos audiovisuales con enfoques etéreos para grupos poblacionales ávidos de oferta cultural en el ejercicio de sus derechos fundamentales. La franja *Vive La Cinemateca* nos reúne alrededor de funciones especiales, como estrenos de obras audiovisuales o sesiones de formación de públicos desarrolladas por organizaciones y colectivos audiovisuales de la ciudad y el país.

Otros formatos como los cine conciertos, las galas de cine colombiano, las sesiones de *live coding* y ciclos como *Que haiga paz*, *Cine y ciencia ficción* y muy próximamente *Cine y deporte* hacen posible generar diálogo social alrededor del cine y las artes audiovisuales sobre asuntos fundamentales y coyunturales para Colombia y para el mundo. En torno a las narrativas audiovisuales, expertos, líderes de opinión, participantes de procesos y público en general se encuentran por y gracias al cine. El cine como elemento iluminador y deslumbrante.

Una de las galas de cine colombiano fue el punto de partida para que el equipo de la Cinemateca de Bogotá creara la franja *El Cine y Yo*. Aquella gala de cine fundacional fue posible en 2018 gracias a la iniciativa de Julio César Guzmán y a la sinergia entre Proimágenes Colombia, la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, El Tiempo y la en ese entonces Cinemateca Distrital, que se comenzaba a despedir de su sede de más de 40 años en el foyer del Teatro Jorge Eliécer Gaitán. La sesión se realizó alrededor de una de las películas de mayor recordación para

los colombianos, *La estrategia del caracol*, la cual contó con la activa gestión y participación de su director, Sergio Cabrera.

A partir de ese momento, desde el Instituto Distrital de las Artes convocamos al medio de comunicación El Tiempo con el fin de realizar sesiones en vivo con personajes destacados de la vida pública nacional para conversar sobre las películas de su vida y los pasajes vitales que estas evocan en las historias de cada invitado. Por la Sala Capital de la Cinemateca han desfilado periodistas, académicos, músicos, escritores, deportistas, científicos, entre otros. Todas las sesiones han contado con la comprometida y cálida moderación de Julio César Guzmán, quien ha logrado en conversaciones íntimas extraer de cada uno de los invitados las más genuinas emociones y recuerdos a través de las películas. Han sido diálogos en los cuales el espectador –ahora lector– se siente partícipe de una conversación en un ambiente familiar que despierta todas las emociones en compases y contradicciones: desde risas y tristezas hasta desazón y ternura. Muchas emociones que se juntan y de las cuales el cine ha sido provocador y testigo. Por ejemplo, Andrea Echeverri de los Aterciopelados recuerda que vio *El lugar sin límites* de Arturo Ripstein gracias a Lorenzo Jaramillo, su profesor de pintura en la Universidad de los Andes, y quien les mostraba "un cine muy escogido". Brigitte Baptiste vio *Blade Runner* de Ridley Scott a los 20 años en un desaparecido teatro de cine en Teusaquillo; la considera como una de sus películas favoritas y de "una vigencia tremenda". Óscar Córdoba, primer invitado de *El Cine y Yo* en la temporada inaugural de la nueva Cinemateca de Bogotá, recuerda que vio *King Kong* en un Renault 4, con hamburguesas y gaseosas en un autocine de la ciudad de Cali, "fue una película que fuimos a ver toda la familia, eso fue un acontecimiento impresionante".

En *El Cine y Yo* nos hemos sorprendido con los recuerdos y nostalgias que el séptimo arte revive, con las historias personales y colectivas de más de treinta invitados, con un público asistente que se emociona y apela a sus propias memorias a través de las películas. La pantalla ha servido cual espejo para vernos reflejados o contradichos por las historias de personajes entrañables, conflictos apasionantes, desenlaces emotivos y escenarios vibrantes.

Los invitamos a viajar en el tiempo a través del cine, desde la voz de personajes inolvidables, situados en momentos memorables para sus vidas y en las cuales encuentran una relación directa y apasionante con películas.

Carlos Mauricio Galeano

Director General

Instituto Distrital de las Artes - Idartes

Ricardo Cantor Bossa

Gerente de Artes Audiovisuales

Instituto Distrital de las Artes - Idartes

Introducción

Como todo lo que se hace con amor, *El Cine y Yo* fue un hijo deseado. Nació de la relación de este padre orgulloso que le dedica un libro y la Cinemateca de Bogotá, que como madre incondicional lo ha alimentado y lo engendró con menos dolor de lo que suele implicar.

Si tuviéramos que encarnar a su progenitora en una mujer, ella es sin duda Paula Villegas, quien dirigía la Cinemateca en 2019 cuando se inauguró su nueva sede y también a finales del año 2018, cuando trabajamos juntos en la Gala del Cine Colombiano, con la cual rendimos homenaje a los 25 años de *La estrategia del caracol*. Fue un evento inédito en el que trabajamos hombro a hombro con su director, Sergio Cabrera, así como con Proimágenes, Idartes, la Cinemateca Distrital –como se llamaba entonces– y la Fundación Patrimonio Filmico. En la sesión final, la palabra viva de sus creadores y algunas escenas nunca antes vistas hicieron las delicias de centenares de personas que colmaron el Teatro Jorge Eliécer Gaitán.

“Nos encontrábamos en un momento fértil –recuerda Paula–. La nueva Cinemateca nos tenía con la cabeza abierta y con los sentidos dispuestos a que esta refundación fuera también la génesis de nuevas maneras de relacionarnos con el cine. Deseábamos con mucha fuerza

que fuera un centro cultural para todos, esto convirtió la nueva cinemateca en un laboratorio de propuestas para el encuentro ciudadano alrededor del arte”.

“*El Cine y Yo* alberga en su corazón varias ideas. A lo largo de nuestras vidas, todos vamos escribiendo nuestra historia relacionándonos –de una u otra manera– con muchas expresiones: canciones, películas, libros. Todos estos muchas veces parecen inscribirse como umbrales, ritos de paso, extensiones de la presencia de otros en nuestras vidas. Todos podemos hablar de cine y en ese momento pensamos que si lográbamos abrir para todos una colección de películas de alguien de una esfera diferente, podríamos lograr generar nuevos intereses y despertar en otros la consciencia de que el cine hace parte de ellos”.

Este padre tiene su propia versión: al finalizar el mencionado tributo a *La estrategia del caracol*, en medio de los aplausos y los vítores del público exultante, Paula me alcanzó al pie del escenario y me dijo: “Qué belleza de formato, tenemos que hacer algo así en la nueva Cinemateca”. Y luego de unas semanas me propuso hacer, no una edición, sino un evento recurrente que empatara, cual si fuese un antiguo montajista en una moviola, las palabras de un invitado con trozos de películas, imágenes en movimiento bajo un nombre evocador: *El Cine y Yo*.

Desde ese momento, Paula y algunos miembros de su equipo, entre ellos David Zapata, Catalina Posada y Lady Martínez, dieron vida al proyecto y acordamos trabajarlo en conjunto entre la Cinemateca, Idartes y El Tiempo, con personajes de diferentes intereses, que no fueran cineastas: personalidades de otras áreas que nos permitieran demostrar que el cine forma parte de la vida de todos, aún de quienes no somos expertos en cinematografía.

Y como si *El Cine y Yo* quisiera perpetuar a sus ancestros, la película más recomendada por sus invitados ha sido justamente *La estrategia del caracol*, un título que pone de acuerdo a la audiencia masiva y a la crítica exigente. Por supuesto, su director, Sergio Cabrera, es uno de los cineastas más mencionados, pero por estas primeras charlas también desfilan directores populares como Steven Spielberg –el más escogido: seis veces– con otros de culto como Alfred Hitchcock o Alan Parker –seleccionados cinco veces cada uno–.

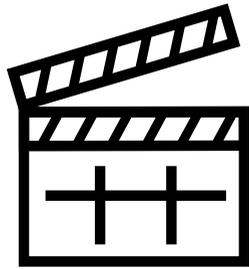
Y entre los actores protagónicos favoritos de los invitados hay nombres de lujo: Al Pacino, Woody Allen, Marlon Brando. Junto a ellos, protagonistas del cine nacional como Frank Ramirez, Vicky Hernández, Humberto Dorado y Álvaro Rodríguez. Es apabullante la proporción de películas de ficción frente a los documentales –apenas cinco, en las primeras veintidós charlas– y un detalle técnico relevante: de las 230 películas escogidas, dieciocho son animadas.

En la formación de este niño que es *El Cine y Yo*, de apenas 4 años de edad, han apoyado con entusiasmo muchos tíos, tías, madrinas, padrinos y demás familia, que lo han rodeado para hacer más feliz su llegada al mundo. Comenzando, por supuesto, por el sucesor de Paula Villegas en la cabeza de la Cinemateca, Ricardo Cantor, y la asesora misional de esta institución, Angélica Clavijo. Los ya mencionados David Zapata, Catalina Posada y Lady Martínez, así como Iván Leonardo Rozo y quienes luego trabajaron junto conmigo en la consecución de los personajes y la logística de los encuentros: Diana Cristina Patiño, Diana Pérez Mejía, Katherine Ávila y Andrea Said Camargo.

De igual forma, mis compañeros de El Tiempo Juan Carlos Gómez, Edwin Romero, Sergio Cárdenas, Daniela García, Juan David Cuevas, Juan Manuel Vargas, Julián Castiblanco. Este evento no sería posible sin

la participación de los directores de Idartes, Juliana Restrepo, Catalina Valencia y ahora Mauricio Galeano, así como el departamento técnico de la Cinemateca: Julián Mauricio Cano, Wilson Eduardo Fuentes, José Luis Barrera. Finalmente, toda nuestra gratitud para el equipo de comunicaciones: Litza Alarcón, Sada Sánchez, Laura Victoria Anzola, Laura Vásquez. Y en la elaboración de este libro, para Mariana Clavijo, quien transcribió las charlas previas y finales, y para su editor, Marco Giraldo.

El resto de la fórmula exitosa lo han aportado las historias de nuestros invitados, brillantes, inspiradoras, algunas increíbles. Todas al servicio de la magia del cine, que desde los clásicos de Chaplin hasta las más recientes aventuras de ciencia ficción, se pueden disfrutar en las páginas que ustedes tienen ante sus ojos. Este es *El Cine y Yo*.





Adriana Lucía,

la música al servicio
de las causas sociales

Aunque en su cédula dice que nació en Lorica, Córdoba, Adriana Lucía solo se identifica como nacida en un corregimiento de ese municipio. "Siempre digo El Carito, porque yo soy muy caritera, la verdad". Esta fue su constancia de nacimiento en la entrevista previa a la charla. Por la época en la que conversamos (23 de julio de 2021), andaba muy activa en redes sociales, criticando al gobierno, defendiendo a los muchachos que salían a protestar: pocos días después fue a cantar al llamado 'Puerto Resistencia', en Cali, lo cual le valió no pocos insultos y falsas denuncias.

Pero Adriana Lucía concibe así el arte, como una manera de ejercer conciencia. La música siempre habitó en su casa de infancia –sí, en El Carito–; de hecho, sus dos hermanos también son músicos, aunque solo es reconocida por ello su hermana Martina la Peligrosa. No es raro, entonces, que esta haya sido hasta ahora la única sesión de El Cine y Yo que se abrió con una canción: *Mi burrito querendón*, que se llevó al cine mexicano en la década de 1970:

"Yo tengo un burro que se encuentra enamorado / de una mula, que ese burro conoció...", comenzó cantando Adriana Lucía, a quien decidí preguntarle 'de tú', en respuesta a la cortesía que tuvo de tutearme a lo largo de la charla.

“Eso de empezar cantando *El burrito querendón*... Me parece sensacional. Muchas gracias por esta invitación tan linda”.

¿Por qué empezaste con esta canción?

Esta canción tiene que ver mucho con mi casa. Hace parte de las películas que nosotros veíamos en mi casa: mi papá nos ponía las canciones de Vicente Fernández –aunque esta no la canta Vicente Fernández–...

No, Pedrito Fernández...

Sí, señor, era Pedrito Fernández. Yo me acuerdo mucho de una película que se llama *El coyote y la bronca*. En esa película había muchas canciones que yo disfrutaba tanto y que mi papá nos las hacía aprender.

Para remontarnos a tu infancia, el primer título de cine es *Marcelino, pan y vino*. ¿Fue la primera que viste?

Cuando hablamos, te contaba que efectivamente me acuerdo del nombre, pero no tengo muy clara la trama. Esta fue la primera película que yo vi. Mi tío nos cogió a todos y nos dijo: “Todos van a ver *Marcelino, pan y vino*”... Una tragedia, eso es una lloradera. O sea: no hagan eso con sus hijos. La verdad, recuerdo una escena donde el Cristo como que cobra vida, pero esto era entre medio pánico y... Era miedoso. Creo que si hablo con mi hermano o con mis primos, todos vamos a hablar de *Marcelino, pan y vino*.

¿Dónde vieron la película?

En El Carito. En el municipio de Lórica, del departamento de Córdoba, El Carito es uno de esos varios corregimientos que tiene –“república independiente de El Carito”–. Mi papá me cuenta que en esa época, cuando él era niño, llegaban los gitanos y armaban sus carpas; la gente se asomaba a ver cómo las armaban y los gitanos proyectaban las películas mexicanas de la época. Es una historia mágica, porque es como ver la verdadera globalización: un gitano en El Carito proyectando películas mexicanas... Es maravilloso. En mi casa siempre estuvo el amor por el cine. Mi papá ama

el cine: a él le tocaba ir a Lorica o a Montería y rentar estas películas en Betamax –tengo 38 años, entonces más o menos me sacan la cuenta–. él las llevaba, pero como no era una cosa diaria que podía devolver, entonces llevaba muchas.

Ah, claro, era lejos.

No es tan lejos, pero no era algo al lado, digamos. Cuando mi papá iba, las cambiaba y traía unas nuevas; él aprovechaba y llevaba bastantes para que viéramos muchas.

Esa referencia al cine mexicano se prolonga con *El profe*.

¿Les gustaba mucho Cantinflas?

Nos encanta Cantinflas, es el favorito de la casa. Recuerdo esta película particularmente, porque mi mamá es profesora, le encanta esta y *Si yo fuera diputado*. La vi en la infancia, la he visto después y es el retrato exacto de la sociedad actual, esto no ha cambiado: si tú tomas cualquier discurso de cualquier película de Cantinflas todo cabe hoy en día. Es como si no hubiéramos superado cosas tan básicas. Amo esta película porque, primero, está Don Margarito, el gamonal del pueblo, a quien no le conviene que la gente se eduque –clásico de nuestras tierras–. Cantinflas es un profesor que es músico, les enseña música, en todos lados había música por ahí, y hay una cosa que me identifica profundamente: así uno no quiera, cuando naces en la zona rural de este país sabes cómo funciona esto de las escuelas, que no tienen presupuesto, que nos toca a punta de juegos, rifas y espectáculos para sostener la escuela, y cuando vi la película también me sentí muy reflejada. Es fascinante ver a Cantinflas en cualquier papel, uno creyéndole, riéndote, pero diciendo unas críticas mordaces de una manera muy divertida.

¿Recuerdas a alguno de los primeros maestros allá en El Carito?

Claro, yo soy la propia sapa, me acuerdo de todos los maestros. Yo fui de la primera generación del jardín infantil de El Carito: Angelitos traviesos...

¿Así se llamaba? ¿Eras angelita o traviesa?

En esa época: angelita... Mentiras: traviesa. Yo recuerdo a mis primeros profesores: mi tía Elena, a la *seño* Teresita –allá en la costa decimos ‘la *seño*–. Yo estudié la primaria en El Carito, donde mi mamá fue también mi profesora... no nos fue tan bien compartiendo desde ese punto de vista. Y ya luego, el bachillerato lo estudié en un colegio en Lorica. Mi mamá y mi papá eligieron eso porque yo tuve la dicha y la fortuna de que Fernando Zumaqué –de los famosos músicos Zumaqué– fuera mi profesor de música en el preescolar, eso era inimaginable: como que una profesora dijo: “Ay, bueno. Enseñémosle a cantar a estos muchachos aquí”. Y eso fue la semilla, por eso yo amo el colegio. Luego la hermana Marta Cecilia Alzate, una monja, fue mi primera profesora de canto.

Avancemos con otra película mexicana: *Como agua para chocolate*. ¿Viste primero la película o primero leíste el libro?

Yo te contaba que normalmente siempre leo primero el libro y después veo las películas, entonces uno tiene como una decepción. Pero en esta ocasión me pasó al revés: yo vi primero la película y cuando leí el libro dije: “¡Guau!” Es más fascinante aún, cero decepción. Soy una amante de la cocina: me crié en una cultura alrededor de los sabores y en esta película como que uno puede sentir los sabores. Es una cosa casi sensorial, como que puedes tocar... Es fascinante, todos los sentidos se te activan. Este libro tiene las recetas que están en la película y yo hice algunas de esas recetas también. Es todo en lo que yo encuentro placer. Obviamente, es una historia muy triste en el sentido de la hija menor a quien le toca cuidar a la madre, ese amor imposible, esa castración –de alguna manera– de esa felicidad. Pero es hermoso ver esa costumbre alrededor de la comida y de los sabores, con la cual me identifico profundamente.

Intuyo por eso que te gusta la cocina...

Soy amante de la cocina totalmente. Vengo de una familia caribe, tengo familia árabe, entonces todo gira en torno a la comida y a los sabores. Al nacer en el campo, hay otra conciencia de la comida: allá uno no compra un paquete de comino, sino que compras el comino en pepa, lo tuestas y luego lo mueles. Eso es lo que veo en esta película: que me conecta con mi manera de ver y de concebir la comida.

Si a uno lo invitan a cenar en casa de Adriana Lucía, ¿qué le preparan? ¿Cuál es la especialidad?

Siempre debe haber Baba Ganush de berenjena –soy la reina de la berenjena y no te darás cuenta de que es berenjena–, hago pan, me gusta hacer pan árabe, siempre te puedes encontrar un *quibbe*... siempre hay comida. Y mote de queso: eso no puede faltar.

Para seguir con la música en la vida de Adriana Lucía, la siguiente película es *El piano*. ¿Qué sentimientos despertó esta cinta?

Yo creo que mi papá no sabía de clasificación: yo era muy chiquita y hay unas escenas fuertes, con las que nos tapábamos los ojos. Seguramente mi papá vio el título *El piano* y dijo: “Eso les gusta”, porque siempre hemos sido músicos. Yo estudié en la Escuela de Bellas Artes desde que tenía cinco o seis años, y cuando llegó la película yo ya cantaba por ahí y bailaba o lo que sea. Cuando la vi, me emocionó. Mira que es una cosa muy particular: puedes no entender nada y entiendes perfectamente de qué se trata. Yo creo que nunca en la vida tuve plan B, yo siempre soñé con ser músico, y cuando veo este tipo de películas, donde todo gira alrededor de ese piano... Es protagonista, no solamente la pianista sino el piano como instrumento. Eso me parece una cosa que a mí me hizo entender el valor y el respeto hacia el instrumento, pero también esa necesidad de comunicarse. Es una persona que no puede hablar y su forma de entender el mundo es solamente a través de las melodías y las armonías. Eso para mí fue muy fácil de

entender siendo niña, no necesitaba ser adulta para entender eso –vamos a olvidarnos de las escenas terribles para la niña de esa edad–, al punto de negociar todo por poder sentir un poco de placer. Es fascinante esa niña, es una cosa loca; recuerdo que no solamente ella, esta película se ganó muchos premios y los merecía todos.

La música llegó a la vida de Adriana Lucía desde una edad muy temprana pero comenzó su carrera con un género que después abandonó: el vallenato.

Yo empecé muy chiquita a cantar. En mi casa los tres hermanos somos músicos, entonces no es que tuviera muchas opciones... mi papá fue un músico que no lo dejaron ser músico: esa frustración sirvió para descargarla sobre nosotros y apoyarnos plenamente. Yo fui la primera en estudiar en Bellas Artes y luego ya se veía que mi hermana y mi hermano... mi casa estaba llena de músicos y artistas que entraban y salían. También soñaba con ser bailadora y siempre había grupos de danza, gaiteros, clarinetistas, bandas y de todo en mi casa. Cuando yo pensé mi vida profesional fue la primera vez que canté vallenato, yo no había cantado antes. Como la gente me conoce cantando vallenato, piensan que ese es mi género de formación. Sin embargo, no lo es, pero estoy infinitamente agradecida con un proceso bastante exitoso: me conocieron mucho... Yo arranqué en la industria de la música, no fue una cosa que llegó de la independencia sino al revés. Yo como que no era muy consciente; ahora uno con las redes sociales sabe de alguna manera el impacto, pero en esa época no. Uno se enteraba de que a la gente le gustaba la música porque cuando llegabas había gente...

Además, eras muy joven...

Muy chiquita. Yo llegué a la disquera de 13 años, a los 14 ya había grabado el álbum y había salido, a los 18 yo ya estaba cansada –no, mentiras–. Sí me tocó todo muy prematuramente, fui muy precoz en muchas cosas.

Siempre supe que iba a hacer música, no conocía otra manera. Ahora que lo recuerdo y miro hacia atrás, yo nunca tuve que definir: ¿y ahora qué voy a hacer en la vida?

Buscamos otros sentimientos a partir del siguiente título:

***La vida es bella.* ¿Cuál fue tu reacción a ella?**

Es increíble cómo a uno terminan gustándole las películas que te conectan con tu vida. Yo creo que es un reflejo que hacemos de nuestros sentimientos sobre la película. Es la sencillez, la belleza de lo sencillo, pero eso es complejo: esa es la que se nos olvida. Una historia bastante trágica, contada de una manera tan sencilla. Yo creo que esta película marcó a las personas que la vieron. Creo que si hablas con muchas personas nadie se olvida de esta película, es inolvidable. Al principio parece que va a contar una cosa diferente: es en la Toscana italiana y todo tan fascinante, pero luego termina en esta fantasía alrededor de la guerra. Para mí es indudablemente difícil no proyectarme, difícil no proyectar a Colombia, difícil no proyectar este país tan lleno de tantas violencias, y uno dice: “¿Cómo harán los padres para contarles a sus hijos la historia de la guerra?” Aquí vemos a un padre sacrificando todo, inclusive su vida, por la vida de su hijo, intentando que él vea otra realidad en una realidad tan dura y tan fuerte como es la guerra. En esta película uno llora y ríe.

A propósito de la película, ¿en algún momento la guerra y la violencia tocaron a tu propia puerta?

Siempre. Desde que el mundo es el mundo que yo conozco, siempre vivimos alrededor de la violencia. Pero mira que hay una cosa bien particular: cuando yo empecé mis clases en la Escuela de Bellas Artes de Montería –no sabría exactamente qué año, pero sí debió ser a finales de los 80 o principios de los 90–, en esa época se hablaba por allá de las limpiezas sociales. Me acuerdo de mi profesor Tiburcio, quien tocaba piano, y después

de llevarme a clases algún tiempo, mi papá me dijo: “No podemos ir más, porque el monte está muy peligroso”. Ese término me traumatizó, yo no entendía. Yo veía que la gente decía: “Están limpiando. Están en unas limpiezas”. Y yo pensaba: “Pero limpiar es bueno, ¿por qué se puede asociar la limpieza con algo malo?”

Por esos mismos años fue la incursión paramilitar, después de una guerrilla terrible en mi región. Las autodefensas de Colombia nacieron allá en esa zona donde yo nací, y evidentemente vivimos todos los flagelos de la guerra. Pero yo sí sentía que, en mi pueblo y en mi casa, yo vivía como una fantasía porque vivía entre grupos de danza, músicos y era una violencia que rondaba, que estaba ahí a la vuelta de la esquina, todos sabíamos que había algo, pero en mi casa no entraba. Por eso te digo que es inevitable no identificarme con este tipo de cosas. Años más tarde, a mi papá lo secuestró la guerrilla. No sé quién en este país no ha tenido que ver con la guerra, pero sin duda todos tenemos un pedacito de esa violencia que ha tocado a nuestras puertas.

Lamentable... ¿En qué momento te mudaste a Bogotá?

Yo me vine a vivir a Bogotá en el año 1999. Como te conté, ya había grabado antes, desde chiquita, yo venía a Bogotá a grabar mis discos y eran dos o tres meses en un hotel. La idea de venirme surgió porque era muy duro vivir en hoteles. Mi papá siempre me decía: “Ah bueno. Cuando termines el bachillerato, te vas para Bogotá”. Me vine y empecé a estudiar Comunicación Social en la Universidad de La Sabana, pero en el quinto semestre me retiré. Antes de eso, yo me vine e hice unas clases libres de música en Los Andes... Escogí algunas carreras mientras entraba a Comunicación Social en La Sabana. Yo llevo más años aquí que lo que viví allá: me vine de 16 años y tengo 38, entonces tengo más años aquí, yo soy cachaca ya.

Tres años después de que Adriana Lucía llegó Bogotá, se estrenó su siguiente película, *El pianista*. ¿Qué relación se puede establecer entre la guerra y la música?

Toda. La música es resistencia profunda. Si me preguntas cuál es mi película favorita, es esta. Es muy difícil decir cuál es la película favorita de uno, pero yo creo que en esa escala esta ocupa el primer lugar porque en cualquier rincón del planeta la música puede llegar a donde el discurso no llega. Por eso, la música es tan poderosa y tan incómoda para mucha gente: el arte puede tocar unas fibras y te puede movilizar. Yo creo que una de las funciones principales del arte es incomodar. Aquí vemos la historia de una persona que le cambia radicalmente la vida: es un pianista feliz, pero de pronto viene este giro –la Segunda Guerra Mundial–... Muchas canciones se crearon alrededor de esta película, muchos artistas y muchos compositores hablaron de ella, quizá porque es inevitable sentir la desolación de este músico que queda metido en la guerra, pero su música y el ser pianista le permiten seguir ahí, animando a un tipo de gente que es la misma que está oprimiendo.

Los músicos también somos usados por todas las esquinas, no hay persona que no se conmueva ante la música. Hay una escena puntual: este pianista se encuentra en Varsovia, cuando ya se acaba la guerra. Él no sabe que todo ha terminado, pero ve el piano y tiene la opción de seguir guardando silencio para resguardar su vida, pero dice: “Ya no más. Yo tengo que tocar este piano”. Y además, viene la escena donde este soldado lo ve y le perdona la vida a partir de la música. Yo sí creo que la música une, y aparte de confrontar y de llevar un mensaje, también moviliza las mejores emociones de los seres humanos, por más malvado... A mí no me gusta esto de dividir a la gente entre buena y mala, no estoy de acuerdo para nada, pero sí creo que hasta el ser más malvado se moviliza y se conmueve con el arte.

¿En qué momento entraron las inquietudes sociales en la vida de Adriana Lucía?

A mí me cambió la vida en 2001. Yo estaba haciendo mi último álbum de esa época de vallenatos y lancé una canción que se llama *Llegaste tú*. Esa pegó muchísimo y la disquera, para mantenerla más viva –en esa época, los sencillos duraban más, ahora van saliendo–, llamaron a César López para que hiciera la versión pop de la canción. Me encuentro con él y me dice que se va a vivir a Nueva York, pero que está inquieto con muchas cosas... Yo sentí la necesidad de seguir conversando con él y me dijo: “No te preocupes, que cuando vuelva, yo te llamo”. Él volvió, me llamó y me invitó a ser parte de unos procesos de reinserción y desmovilización. La palabra era rarísima, ‘reinserción’, ni sabíamos qué era ser ‘reinsertado’. Empecé a trabajar con él, con menores de edad que eran desmovilizados de la guerra... ¡Dios! La vida me cambió. Yo venía de una sociedad totalmente silenciada donde uno no podía decir lo que pensaba porque lo podían matar, entonces llegar y encontrarme con esta gente que para mí era la malvada, todos los malos, y cuando los veo ahí... yo los vi a todos como víctimas. Y ese día me cambió la vida.

Yo recuerdo que cuando estábamos en ese salón –ese fue el momento en que hice un giro en mi vida– yo estaba muy agobiada por las historias que estaba escuchando: historias de guerra, historias terribles de desmembrados, cabezas rodando... una cosa horrorosa y yo no aguantaba más. Pensaba: “¿Esto qué es? ¿Dónde me metí yo?” Tenía ganas de vomitar, y yo dije: “¿Hay alguien aquí que me pueda contar una historia de amor?” Y un muchacho levantó la mano y dijo: “Sí, yo voy a contar una historia de amor: yo tuve un amigo que era mi mejor amigo y me obligaron a matarlo; yo lo maté, pero además me dijeron que tenía que desmembrarlo. Yo me grabé exactamente dónde había dejado cada parte del cuerpo, lo recogí, me

retiré y se lo lleve a su mamá, y ese es mi mayor acto de amor”. Cuando ese chico me contó eso –un menor de edad–, yo dije: “Este es el amor pa’ él”. Si nos vamos a la guerra, una madre que tiene un cuerpo pa’ llorar es más justo que una que no, pero no es justo nada... Y ese día yo dije: “No, yo no me puedo hacer la loca. No podemos hacernos los locos, aquí fracasamos todos”. Yo no era consciente de muchas cosas de las que soy consciente ahora, pero ese día la vida me cambió para siempre.

También hiciste cine, con el documental *Porro hecho en Colombia*. ¿Quiénes aparecen en este documental?

Son 274 artistas. También te conté que estos tres grandes decimeros que aparecen mucho en este documental ya murieron, muchas de esas personas ya no están. Incluso Lázaro, el que tiene esta cosa de Colombia aquí, murió hace unos meses de Covid. Es muy dolorosa su partida, pero es muy honroso haber podido dejar un documento de ellos, de su sapiencia, de su infinito aporte a nuestra cultura. Hay una frase de un poema de un paisano mío, Raúl Gómez Jattin, un vecino de mi casa en Cereté. Él se refería a Cereté y decía: “Yo también soñé con llevarme a mi pueblo de Córdoba deletreado en un blanco papel, para que personas de todos lados del mundo conocieran sus noches estrelladas llenas de velas y de fandangos”. Yo quisiera llevarme a mi pueblo siempre deletreado; yo creo que un pueblo no es un pedazo de tierra, sino una cosa que uno lleva dentro y que nadie se la puede quitar, y yo quería y quiero siempre contarle a la gente. Mis amigos se burlan de mí porque dicen que yo siempre arranco diciendo: “Nací en El Carito”. Y así arranca el documental, porque creo que todo lo que uno es tiene que ver con eso. Como decía otro paisano mío, David Sánchez Juliao, quien fue mi gran amigo: “Uno se parece a lo que huele”. Y eso fue en lo que yo me crié, a lo que me parezco. *Porro hecho en Colombia* es un sueño hecho realidad que costó muchas lágrimas, muchos años de endeudamiento

terribles, porque yo no sabía dónde estaba metiéndome, no tenía ni idea que era tan costoso, y que proyectar en salas de cine era tan costoso, y que uno tenía que pagar las pantallas y comprar... O sea, yo no tenía ni idea: movida por la emoción, fue muy irresponsable la parte económica: “Eso lo resolvemos...” Y de pronto vi una avalancha de cuentas de cobro, pero al finalizar, cuando ya pagas esa última deuda y ves esto, ya lo ve uno con otros ojos y dice: “Valió la pena.”

En la entrevista previa me contaste una historia conmovedora fuera del país...

Fuimos al Colombian Film Festival en Nueva York y nos ganamos el premio de la audiencia. Pasó una cosa muy linda y es que la gente la comentaba, hablaba como si estuvieran en la sala de la casa, no se podían quedar en silencio. Cuando sonaba la música, la gente bailaba... fue una cosa bien particular. Cuando terminó, me pidieron que me quedara porque me querían hacer muchas preguntas, y una persona del público se levantó y dijo: “Todo lo que nos llega de Colombia son cosas que no queremos compartir y esto es una cosa que yo le quiero mostrar a todo el mundo. Yo quiero que hagan más de esto”. Era una señora ya mayor, ella lloraba y no podía hablar. Se llama Luz y dice: “Yo soy la mamá de John Leguizamo”. Fue muy lindo, ella es supercariñosa, diciendo que quería mostrarle a todo el mundo que eso era Colombia también.

El porro significó además un giro en tu carrera...

Era como una deuda pendiente: al yo ser cordobesa, esta es mi formación primaria, y luego por temas comerciales terminé en el mundo del vallenato. Cuando yo cumpla la mayoría de edad, por los años 2000 o 2001, ya mejor dicho era irreverente delante del mundo... Yo nunca pensé que iba a volver a la industria porque yo salí mamada de ella. Yo no quería saber nada, sentía que mi objetivo se había perdido y por ahí siete años después

de estar dedicada solo a procesos sociales –yo estuve siete años viajando por Colombia y en otros países entendiendo la música desde el servicio–, pensé que ya no volvía al mundo de la industria. Pero Carlos Vives me insistió mucho; él fue un padrino –digamos así–, y recuerdo que cuando él y yo nos conocimos en el año 97, en la disquera, me dijo: “Tú y yo vamos a hacer un disco, y ese va a ser tu disco”. Y yo no creía.

Cuando llegan estos años, digo: Este era el disco que teníamos pendiente. Lo hicimos: *Porro nuevo*, un álbum que me recibe con nominación a los Grammy y todo eso, pero más allá de las nominaciones y canciones importantes para mi vida, como *Quiero que te quedes*, *Champeta rosa*, *Porro bonito...* fue como un acto de fe en que sí podía emprender un nuevo camino. En la música y en la vida, te dicen que tú tienes un cuarto de hora, que tienes que aprovecharlo, que eso ya aquí se acabó, y que yo por qué no sigo por ahí hasta donde aguante, y yo no tuve nadie que me apoyara en ese momento, lo cual quería decir que la loca era yo, pero seguí mi locura. Fue hermoso volver con porro y luego esta película sí responde a esa pregunta de “¿Esta niña no cantaba vallenato?” Respeto profundamente el vallenato, pero cuando la gente ve este documental creo que me entiende un poco, porque yo necesitaba pagar de alguna manera esa deuda pendiente con mi tierra, que ya no la tengo.

Deuda saldada. La siguiente película, *Matilda*, presenta otro nuevo capítulo. ¿En qué momento la maternidad tocó a tu puerta?

Matilda es espectacular, es muy maternal: es la historia de esos vacíos de una niña incomprendida en una familia que no valora lo brillante que es, todos lo ven menos los padres. Suele suceder. Y encuentra el cariño en esa maestra que suple toda esa necesidad que en la casa no tiene... Yo siempre he sido mamá, o sea: yo me creo la mamá de todo el mundo, yo soy la que pregunta: “¿Ya comiste?”

¿Eres la mayor?

Yo soy la de la mitad, pero le robé la primogenitura a mi hermano porque todo el mundo cree que soy la mayor. Yo me creo la mamá, no solo de mis hermanos, sino de mi mamá, de la mamá de mi papá, la mamá de un amigo... Ha sido un proceso importante, mucha terapia. Me pasó una cosa preciosa: le mostré *Matilda* a mi hijo Salomón hace uno o dos años, no sé, hace ya un tiempo, y la amó, le encanta, se la sabe de memoria... Cuando tú ves esto, te das cuenta de que esas son cosas atemporales: estos conflictos son los conflictos de siempre, pero también es un cuestionamiento para nosotros, como padres: ¿les estamos dando la seguridad suficiente a los niños? ¿Sí somos un lugar seguro para nuestros hijos? Ese es mi reto como mamá: que mi hijo siempre sienta que el mejor lugar del mundo es su hogar.

¿Cómo balanceas el ambiente profesional con la vida privada?

No sé, no sé cómo tengo vida. A uno le dicen siempre: Adriana Lucía, la cantante; Adriana Lucía, la mamá... Es la misma: uno no se quita el traje y dice: "Bueno, ahora que llegué, soy mamá". Eso no es verdad, o por lo menos en mi vida no lo es. Yo soy la misma. Es inevitable desvincularse porque esto no es una carrera que tú llegas y dejas el trabajo en la casa. No; es que tú cantas en la casa, tú llevas los músicos a la casa, compones en la casa. Además, mi hijo me acompaña en mi activismo también, la semana pasada le dije de un viaje que vamos a hacer:

-Vamos a salir a tal parte.

-¿Vamos a marchar?

-No, vamos a un viaje de descanso, lo necesitamos.

Es difícil lograr el balance, pero yo voy a aprovechar para dar unos créditos: mi esposo...

¿Cómo se llama él?

Felipe Buitrago. Él es una persona de superbajo perfil, a él no le gusta figurar ni salir en nada. Mi esposo es una persona siempre dispuesta a apoyarme en todo. Mi hijo estudia en *home school* y siempre ha viajado conmigo. Si yo no hubiera hecho eso, no tendría familia, y si mi esposo no fuera como es, no tendría familia ni esposo. Yo le doy todos los créditos así esto ni lo vaya a ver, él no ve redes sociales...

Felipe, vea eltiempo.com.

O un amigo que seguramente sí lo está viendo y le cuenta, eso sí.

La siguiente película va a generar una pequeña contradicción: *El orfanato*. Creo que es la primera vez en El Cine y Yo que usamos una película que no le gusta al invitado, sino que es todo lo contrario.

¿Por qué incluiste esta película?

Yo tuve una fascinación en una época de mi vida. Creo que a los niños les pasa eso y es muy raro porque nos gusta no solo el suspenso, el terror, el terror-terror... Yo te conté que yo era toda ñoña, qué jartera, pero me encantaba el programa *Cine arte*...

¡Con Bernardo Hoyos y Diana Rico!

¡Wow! Las películas que presentaban ahí, los ciclos de terror eran una cosa loca. Esta la vi en cine; recuerdo que fui con Lucy Vives, la hija de Carlos. Y la gente cuando está viendo estas películas, las escenas terribles, les da risa: claro, es risa nerviosa, y a ella le dio un ataque de risa. Yo: "Cállate, que nos van a sacar del cine, Lucy". Esta película me encanta. Tuve que renunciar en una época de mi vida a las películas de terror: yo no sé si les pasa que uno empieza a ver terror y le gusta más, y quieres ver más, que dé más miedo... Esta película está muy bien producida y creo que tiene esa particularidad, la gente siempre piensa que el terror es una cosa del monstruo que salió... No, esto es una cosa bien hecha, mucho más profunda, creo que te mueve bastante.

Más allá del cine de terror, ¿a qué le tiene miedo Adriana Lucía?

Qué pregunta profunda en este momento... Yo no soy muy miedosa de las cosas así de la luz apagada y de los bichos, de eso no. Le tengo miedo a un país como este. En los últimos dos años de mi vida he tenido tres amenazas y me ha tocado estar en la Fiscalía y cosas así. ¿En qué momento terminé metida en este problema? Que por opinar te pueden amenazar. Pero entendí que mi miedo no es a otra persona, sino a que eso haga que uno se calle y que uno se paralice. Le tengo miedo a la autocensura, le tengo miedo a perder el disfrute de lo simple, que se me olvide pa' qué era que yo quería ser cantante. Es una pregunta que me hago constantemente y me da pavor desviarme de ese camino. Creo que eso tiene que ver con la palabra también: tiene que ver mucho con el silenciar las palabras, con uno callarse. Yo hace un año lancé un EP llamado *Que no me falte la voz* y nace de mi miedo al 'yo mejor me callo, no digo nada', '¿y si mejor me salgo de aquí? ¿y si mejor paro?'... Creo que ese es uno de los miedos más profundos. Por supuesto, miedo a que me callen, pero también miedo a yo callarme.

Vamos a cerrar El Cine y Yo con una película colombiana, *Retratos en un mar de mentiras*. ¿Es un reflejo del país esta película?

Iba a hacer un paréntesis para hablar de Julián Román, el protagonista de esta película. Juli es mi gran amigo. Nunca fuimos amigos directos, él era amigo de mis amigos; una gran amiga, Iliá Calderón, es también una de las grandes amigas de Julián. Hace muchos años nos conocemos, hemos compartido, pero nunca fuimos amigos, sino que éramos como el amigo del amigo. Y en estos tiempos, debido a cosas en redes sociales, terminamos ahí juntos. Yo me acuerdo que hice la música para una serie que él hizo para Netflix y nos encontramos en el lanzamiento de esa película –canté con Alejandro Sanz la canción de esa vaina–. Me encontré con él y yo le dije: “Oye, ¿tú y yo por qué no somos amigos?” Y fue la mejor decisión, nos volvimos íntimos.

Recuerdo que cuando fui a ver esta película en cine, tenía unas escenas que son grabadas en Lórica. Yo salí de esa película a llorar como una demente; es la película con la que más he llorado en mi vida. Recuerdo que entré al baño del cine, después de salir de la película, me lavé la cara con jabón, todo chorreado, una cosa terrible, tuve que esperar dentro porque si salgo van a decir que quién me mató aquí, qué me pasó... Y entendí que no solamente era verme la tierra ahí, sino que ese es el conflicto eterno de Colombia. Hace muchos años yo leí un libro de Manuel Zapata Olivella –paisano también–, escrito en 1947, si no me equivoco, que se llama *Tierra mojada*: narra la historia de los desplazamientos, de cómo la tierra fue robada por los gamonales y se la robaban a la gente que no tenía escrituras. Esta película habla de eso: de unas personas que van en búsqueda de esa tierra, las ejecuciones extrajudiciales, el desplazamiento, la guerra... De hecho, esta película fue prohibida, fue muy incómoda, la sacaron y desapareció. Es una película que para mí debería verla más gente, me estremece. En particular veo a Julián ahí, siempre lo llamé a decirle: “¿Cómo es que se llama esa película...?” Es, de verdad, muy fuerte.

Escuchando estos relatos es fácil volverse pesimista. ¿Eres pesimista u optimista sobre el futuro del país?

Al contrario, yo creo que hay que seguir soñando en este país... este país es un acto constante de fe. En lo que no creo es en esa falsa felicidad, y siempre que lo digo les incomoda mucho. No están de acuerdo, siempre hay dos o tres personas que me pelean por lo que yo digo, pero en verdad lo creo. Yo soy una persona genuinamente feliz, tengo una vida tranquila, creo siempre en la bondad de la gente, por encima de miles de defectos, siempre confío. Pero yo creo que este país salta del dolor a la alegría, de la rabia a la alegría, sin hacer un tránsito por ningún lugar. Tenemos la ‘obligación’ de ser felices, todos agarrados de las manos y somos felices... Pero yo he aprendido que hay que entender los tiempos, hay que entender que hay tiempo para todo: para

la rabia, para el dolor, hay tiempo para la sanación y para la reconciliación. Creo que en este país no hemos entendido los tiempos. Yo soy optimista en el sentido de que creo que hay una nueva ciudadanía consciente de eso; no creo en ese optimismo de ‘todos somos hermanos y nos vamos a agarrar de las manos y seremos felices’. Si ese es el optimismo que esperan de mí, no lo tendrán. Eso me parece un comercial de televisión, eso no es verdad.

¿Dónde veo yo la luz? Es lo que veo y es lo que me mantiene en pie y firme: primero, en este estallido de artistas que hay en todos lados. Voy a decir una cosa medio utópica, que tal vez tú vas a decir: “Ay sí, tan idealista, tan boba...” Pero yo creo que este país necesita más espacio para ser feliz: si en los parques de los pueblos y de las ciudades hubiese obras de teatro, cine, danza, música... la gente tendría más espacio pa’ ser feliz. Yo creo que tendríamos una sociedad más sana. Esta sociedad vive de duelos sin resolver, heridas taponadas, se les ponen pañitos de agua fría, ‘somos felices’, el país más violento pero más feliz. Eso es mentira. Necesitamos más espacio para sanarnos. Yo veo la luz en una sociedad que es capaz de pensar como nación. ¿Qué quiere decir eso para mí? Que si tocan a una persona, nos duele a todos. Que podemos pensar diferente, estar en orillas totalmente opuestas, que podemos tener pensamientos políticos y sociales diferentes, pero nos tenemos que poner de acuerdo en un mínimo: la defensa de la vida. Este país tiene que amar la vida, tenemos que aprender a amar la vida. Que cuando uno diga: “Me duele la muerte de alguien”, no haya otra persona que te diga: “Pero quién sabe qué andaría haciendo. Pero quién sabe de esa gente de por allá”. No, nadie merece morir de esa manera, que su vida sea segada de manera violenta. ¡Nadie! Y esas personas que no nos gusta cómo piensan también caben en esta mesa. Eso es lo que yo creo, y esa es la luz que yo veo en una nueva sociedad activa, capaz de verse en el dolor ajeno, capaz de verse en las heridas del otro, capaz de entender que yo no necesito haber pasado

hambre para entender que el hambre es indigna. Uno no necesita vivir muchas cosas para solidarizarse con el dolor ajeno.

Maravilloso mensaje. Muchas gracias por estar en 'El cine y yo'...

¡Qué cosa más linda esta entrevista y este espacio! Me siento muy conmovida, he llorado, se me ha 'despelucado' el cuerpo aquí... Gracias, de verdad, me recuerda cómo el cine y el arte hacen registro y consciencia. Ojalá surjan más películas en Colombia que nos muestren y que nos conmuevan.

Las películas escogidas por Adriana Lucía

TÍTULO	AÑO	DIRECCIÓN	ACTUACIONES
Marcelino, pan y vino	1955	Ladislao Vajda	Pablito Calvo, Fernando Rey
El profe	1971	Miguel Delgado	Cantinflas, Marga López
Como agua para chocolate	1992	Alfonso Arau	Lumi Cavazos, Marco Leonardi, Regina Torné
El piano	1993	Jane Campion	Holly Hunter, Harvey Keitel, Sam Neill, Anna Paquin
La vida es bella	1997	Roberto Benigni	Roberto Benigni, Nicoletta Braschi, Giorgio Cantarini
El pianista	2002	Roman Polanski	Adrien Brody, Thomas Kretschmann, Frank Finlay
Porro hecho en Colombia	2015	Adriana Lucía	Adriana Lucía, Lázaro Cantero y 274 músicos (documental)
Matilda	1996	Danny DeVito	Mara Wilson, Danny DeVito
El orfanato	1998	Juan Antonio Bayona	Belén Rueda, Fernando Cayo
Retratos en un mar de mentiras	2010	Carlos Gaviria	Paola Baldión, Julián Román